

III

—No me esperen á cenar... Uds. cenen temprano, y se acuestan...

Las dos chiquillas, desoladas, interrumpieron el animadísimo parloteo con que pormenorizadamente, en cuanto llegaban del colegio, tarde á tarde asediaban al pintor y ensordecían el estudio. Una charla dislocada, con incoherencias; charla de criaturas que están creciendo y que lo mismo con lo trascendental que con lo frívolo sus infancias se impresionan y tratan de que las personas mayores—las allegadas sobre todo—se lo expliquen y puntualicen. Y en los primeros meses, Salvador, que se vivía en su estudio sin poder trabajar en nada serio y definitivo, esbozos apenas y pinceladas que diz que habían de servirle para su gran cuadro futuro—el que desde muchacho llevaba en el cerebro sin atreverse á comenzar nunca, por reconocerse insuficiente todavía para tratar cual debía ser tratado el asunto inmenso,—Salvador aguardaba con ansia esa vuelta del colegio, ese preguntar y ese argüir de Evangelina y Magdalena, quienes, con su sola presencia sacaban la casita del sepulcral marasmo en que se hallaba sumida el día entero. En cuanto las niñas se aparecían acompañadas de Refugio, con especial cuidado y cariño propios encargada de ir á dejarlas á la escuela y de ir á recogerlas por las tardes, Salvador alzaba pinceles y tiento, raspaba la paleta, dejaba caer sobre el desmesurado lienzo casi virgen del cuadro en proyecto el trapo que lo cubría (si es que al «cuadro» había consagrado su tiempo), ó guardaba,

RECONQUISTA

de cara á los muros, en los rincones, ó retirándolos del otro caballete—el antiguo y sin manubrio, que se abría á modo de tosco compás de madera—los esbozos y pinceladas hechos y vueltos á hacer, que habían de servirle andando los meses y no atrasándosele ni la inspiración ni el ánimo, para la magna obra pendiente. Magna de veras: nada menos que perpetuar en la tela la vieja ciudad colonial de los virreyes hispanos, no sólo en su aspecto de metrópoli que lentamente se moderniza y hermosea, sino en el de su fugitiva fisonomía moral, su alma de siglos y de luchas—alma en la que por muy común inconsecuencia creía Salvador firmísimamente, aunque no creyese en cambio en la suya propia.

Quería que el pincel operara el prodigio, que al concluir el cuadro palpáranse los sufrimientos y las satisfacciones de los pobladores sucesivos; los espasmos de pasión y los espasmos de dolor; la voluptuosidad del amor y de la muerte; las entradas ululantes de los guerreros victoriosos y las agonías lentas de los sitiados y de los vencidos... Quería que se adivinaran, el rastro que la sangre derramada graba para siempre en los insensibles lechos de guijarros, por los que corre, y la huella que el llanto imprime en los semblantes de las madres y de las amantes sin consuelo... Quería pintar las albas jocundas y las melancólicas horas vesperales; los dramas de la tierra y las íntimas tragedias; las salvajes invasiones de razas enemigas, segando vidas y huyendo á sus latitudes inhospitalarias con pedazos de patria bárbaramente amputados, y las refriegas fratricidas sin cuartel, en que los hermanos se trucidan y renuevan los odios cainescos é inacabables de las edades primitivas... Quería poner á la vista el triunfo de la riqueza y el crimen, sobre la virtud y la miseria; las tiranías de los césares y el gemir de los pueblos; los poemas ignorados de

las multitudes anónimas; los calvarios de los humildes y los regocijos de los poderosos; el incesante desaparecer y sufrir de los débiles, de los que no saben leer, ni reclamar, ni defenderse, en contraposición con el entronizamiento de los fuertes... Quería sacar á luz las orfandades que peregrinan por cima de los abismos, de las ignorancias y de los lodos; los holocaustos de las vírgenes que inmolan los filántropos y los predicadores; la destructora marcha del alcohol y la, sin parar, de la prostitución... Todo lo que informa los grandes centros populosos de las Nínives de ayer y de las Babilonias de hoy, lo que las pudre y carcome, inevitablemente; su lujuria, su afán de lucro, su carencia de ideales, su envilecimiento progresivo que á la larga conviértelas en pudrideros y pantanos hediondos...

Quería que su pincel desentrañara los secretos olvidados, los males que reaparecen, los horrores que se repiten: toda la historia siniestra que dormita en la piedra, en las telarañas de las ruinas y en las costras de polvo de los monumentos...

Y la piedra rehusábase á confesar, permanecía incommovible en los sitios en que la encajaban las centurias idas, más ennegrecida hoy que ayer, más que hoy mañana, envolviéndose y envolviéndose en la pátina de los siglos, pero invariablemente muda, invariablemente adusta, reservada, formidable: mirándolo todo, oyéndolo todo, callándose todo... Ni la piedra agraviada: los inmuebles y muros antiguos con cicatrices de balas recibidas y en su seno incrustadas, ó con salpicaduras de sangre humana que ¡ni los años! borrarán por completo; ni la piedra moribunda: los inválidos paredones y las bardas ancianas que se desmoronaban y hundían en la tierra, ni éstos le decían palabra á Salvador, así los examinara de cerca ó de lejos, así los palpara; guardaban sus secretos tenazmente, aumen-

taban el misterio de lo pasado y de lo muerto... Ni los templos ¡Señor! ni los templos, que eran los supervivientes más respetados, los que mejor habían resistido y resistiendo continuaban el destruir del tiempo y de los hombres, le daban una clave, le descubrían un indicio, ¡averiguarlo él si podía!, ellos no eran delatores, eran templos y por eso seguían incommovibles, macizos, sólidos, más altas sus torres que los edificios más altos, apuntando al cielo; sus interiores, en su mayoría inviolados, cobijando el culto; sus exteriores, impasibles frente á la maldad, brindando asilo en sus cornisas, barandales y ojivas á las golondrinas nómadas y á las plantas que sólo adheridas á sus muros recios, saben crecer y susurrar con su florescencia la bralada dulcísima de los aromas...

¡Ah!, Salvador acabaría por pintar su cuadro. ¡Cuántas ocasiones la misma Emilia no lo empujó al caballete, le avivó energías y le prestó estímulos!... Pero el asunto huía, se le escapaba más de entre los pinceles que del cerebro febricitante. Hasta llegó á imaginar que el día en que el cuadro principiara á resultarle según su idea, de un golpe tornaría sus creencias, estropeadas por la garrulería de sus maestros iconoclastas y vulgares. Sí, si atinaba á pintar un cuadro «con alma»—como era necesario que lo pintara,—si atinaba siquiera á medio mostrar en el retrato de la ciudad «el Alma Nacional» (más estropeada y desconocida que la suya propia, pero ¡mucho más!), entonces descubriríase la que le animaba; pues así como para que exista la verdadera obra de arte menester es que tenga una alma entre sus páginas, entre sus notas, entre sus colores ó entre su grano, menester es también que el hombre se sienta poseedor de una suya... Y al llegar aquí, su falsa filosofía trababa el singular combate—á que ajenas agencias habíanlo adiestrado—en contra de sus creencias pro-

F. GAMBOA

vincianas y sencillas, en contra de su rudimentaria exegesis que no aguantaba muchos golpes de la otra, sino que abandonaba el campo despavorida, dejándolo con su instrucción científica triunfante y con su cuadro por empezar. Nervioso, poníase á dibujar, á multiplicar los esbozos y apuntes que sus ojos de pintor habían venido acumulando: el aspecto de este arrabal y lo característico de aquella plaza; este rincón histórico y esa calleja legendaria; un cielo gris, de atardecer lluvioso, ó un fragmento del bosque druídrico de los ahnehuetes y de las hazañas...; ó bien permanecía meditabundo ante la blancura del lienzo sin color, á lo sumo manchado de proyecciones y titubeos, al carboncillo...

De ahí que el arribo de sus hijas de vuelta del colegio, atacadas de la manía charlatana que á los niños affige al cabo de varias horas de sosiego relativo, pusiera á Salvador de humor buenísimo; sobre que á la alegría meramente afectiva que le originaba verlas y besarlas y sentárselas encima, riendo de lo que le preguntaban y de lo que le transmitían con sus deliciosos pormenores infantiles, había que sumar la forzosa derivación que daban á la impotencia de él para pintar un gran símbolo, y á su conflicto mental de individuo sin brújula ni rumbo que no se conforma con que su espíritu camine errabundo y desconfiado por los desiertos infinitos de la inteligencia. Gozosisimo acogía á las niñas y aparentaba interesarse inmensamente en sus galimatías, para disculparse ante sí mismo del pronto abandono de su obra. Las sujetaba á muy complicados interrogatorios; hacíalas, primero, que le dibujaran las letras aprendidas, unas mayúsculas que tiraban á caracteres arábigos ó nipones, cual ebrias, tambaleándose al brotar de los lápices, y al quedarse, monstruosas y deformes, agarradas al papel. Luego, conforme adelantaron en

RECONQUISTA

su aprendizaje, hizo que reunieran mayúsculas y minúsculas en sílabas y palabras; que en alta voz le leyeran renglones de diarios incompletos ó de libros hojeados al acaso; y en estas faenas íbase lo que de tarde quedaba, cielos adentro, y las chiquillas concluían por encaramársele, una á cada lado, concluían por reclinar sus cabecitas en las robustas espaldas del artista que así sentíase feliz, hasta que la criada venía á encender el estudio, y el grupo se destruía; Evangelina y Magdalena, al fin criaturas, saliendo á corretear y reír por los corredores y habitaciones de la vivienda; Salvador guareciéndose en el balcón abierto, donde, pensativo, poníase á fumar y esperar que sirvieran la cena, para asistir, por remate, al acostarse de las niñas, previo rezo y previas también algunas carcajadas que mucho amohinaban á la sirvienta.

—¿Por qué no nos persignas tú, papacito?—le preguntaron á los principios de su orfandad.

Y por no decirles la causa, que él no creía en la virtud de tales arrumacos, pretextaba Salvador una excusa cualquiera.

—Porque es igual que las persigne Refugio; yo estoy ocupado—contestábales desde el estudio,—pero allá voy á despedirme y á besarlas... Duérmanse en juicio...

Las niñas habituáronse, pues, á que Salvador las recibiese y festejase á su vuelta del colegio, á que con ellas cenara, y á entregarse al sueño seguras de su vecindad, de que iría á besarlas y arroparlas—medio dormidas se daban cuenta,—oyendo luego volver de hojas de libros en el estudio, desplegar de periódicos, toses y raspar de cerillas. De vez en cuando, bien tarde ya según sus cálculos soñolientos, oyéndolo suspirar, muy quedo, cual si lo atormentase dolor llevadero pero incurable, que no quisiera publicar.

Por eso, cuando Salvador varió de hábitos y de la casa marchábase después de anocheado, no hallándose presente á la hora en que ellas se acostaban y dormían contando con su beso suave que las rozaba apenas, contando con que las arropara hasta la barba para librarlas de los fríos de la alta noche, á los comienzos sobre todo, Magdalena y Evangelina se quedaran disgustadas y tristes.

—¿No vas á cenar con nosotras?... Pues ¿con quién?... ¡Acompáñanos, no nos dejes!...

Diversas veces ganaron ellas; volvía Salvador á despojarse del sombrero, á ponerse las pantuflas y el zarcido saco hasta el cuello abotonado, con que trabajaba. ¿Por qué no complacerlas? ¿Con quién, de veras, irse á cenar? ¿A qué echarse á la calle, al vagar peligroso por cantinas y sitios peores?...

—Bueno, pues no las dejo solas, no saldré. ¿Están contentas?...

¡No habían de estarlo!... Terminada la cena y terminados los rezos, con gritos y tumbos en sus camas aplaudían la resolución, obligando á Salvador á que fuera y viniera muchas ocasiones de una cama á otra, en las que Evangelina y Magdalena, de pie y nimbadas por las colgaduras de punto, sueltas sus cabelleras todavía cortas, cuyos rizos, sin embargo, angélicamente caíanles sobre los hombros, ya metidas dentro de sus camisones flotantes y blancos, que prestábanles ligero parecido en la mal alumbrada estancia, con los marmóreos serafines de los sepulcros y de los templos, tendíanle sus bracitos temblorosos de júbilo, que lo llamaban al igual de sus bocas risueñas.

—Ven conmigo otra vez, anda, para que te bese más, para que te bese mucho...

Y Salvador iba y venía, riendo con ellas, de una cama á otra cama, de unos brazos á otros brazos, de unas cari-

cias á otras caricias; por el camino, simulaba guardarse apresuradamente en todos sus bolsillos, los del pantalón, los del chaleco, los del saco, aquel diluvio de besos que no paraba nunca, que le colmaba las bolsas; fingía que algunos de los que acarrea á brazadas, derramábansele por el piso, y, por no tener ya dónde guardarlos, hacía que los vaciaba todos sobre su mismísimo lecho, debajo de las sábanas y de las almohadas.

—Para soñar con Uds.—les decía.

Pero sin que estas ternezas, ni otras análogas, lo aburrieran precisamente, si no bastábanle á llenar una porción de vacíos imprecisos que con los avances de su viudedad se le aparecían en cuerpo y espíritu, aunque no atinase con el sitio exacto en que moraban. Espíritu y cuerpo reclamábanle otras cosas... ¿cuáles? no lo sabía... ¿qué?... ahí estaba el enigma. Mas la carencia sí que la palpaba, menos en el espíritu que en el cuerpo, pues en éste se le clavaban ansias como garras y anhelos como garfios, de satisfacer necesidades nebulosas é indefinidas.

Y contrariando á sus hijas, dió principio á sus correrías nocturnas inauguradas bajo el magnífico pretexto de estudiar la enorme ciudad por las noches, cuando su fisonomía cambia totalmente y ofrece calles y rincones incognoscibles en las sombras. Debía saturarse del medio; verlo y conocerlo todo; de memoria aprendérselo; sentir con él; metérsele en sus repliegues mínimos y metérselo, no en su retina solamente, sino en su temperamento y manera de ser como pintor.

Se marchaba, en efecto, sin intenciones torcidas ni pensamientos pecaminosos, anda y anda por las calles silentes y desiertas; y sin forzada concentración, sin obligar á su vista á mirar quieras que no, ni á que la memoria acumulara impresiones impuestas. Su sistema había

sido siempre diverso: mirar naturalmente, de paso, como quien va á negocio distinto; y las escenas, entonces, los más nimios pormenores conservábalos á maravilla, cual en bien sellado arcón en el que, al requerirlos, se encuentran los más preciados pergaminos, y las joyas ancestrales, las platas y los oros que el encierro preserva con sus brillos de antaño, se nos aparecen.

Caminó mucho, en las primeras noches particularmente, con direcciones fijas, de un extremo de la ciudad al opuesto, siguiendo la línea recta hasta donde más érale posible seguirla, y sentándose á descansar, cuando su andar perezoso rendíalo, en los raros jardincillos con que tropezaba—México apenas si los posee,—en los figones y cafetines que aún permanecían abiertos, ó en el borde mismo de las aceras, en los sardineles desgastados de tiendas y accesorias, ó en los vanos de los zaguanes en que los gendarmes dormitan muy abrigados á fin de defenderse de los cierzos débiles y fríos que traicioneramente asesinan en la metrópoli de historia y de leyendas.

Con excepción del barrio nuevo—entre la calzada de la Reforma y la antigua carretera á Tacubaya,—que á Salvador antojábasele ingrato, presuntuoso é híbrido, de abominable gusto de abacero que al retirarse de su mostrador y de su clientela zafia, edifica con los cuatro cuartos ahorrados ó mal habidos, pseudo-palacios ostentosos, «villas» recargadas y deformes, incómodas viviendas burguesas, cursis y sin solidez, en las que todo es mentira, desde los cimientos hasta los áticos; todo de similor, desde su ornato de yeso y barro, hasta la abundancia y cultura de que alardean los improvisados terratenientes,—fuera de este barrio, tan encomiado de propios y extraños, que crece y crece con la terquedad y fuerza de la hierba ociosa que perjudica las sementeras benéficas—fuera de este

«México nuevo y europeo», según lo apellidan diarios y ciudadanos; barrio que era fuerza que alguna vez levantara sus arrogantes edificios anémicos en el seno de la ciudad monumental de virreyes y emperadores, conforme en las demás ciudades del mundo hánse levantado sus congéneres, desafiando lo viejo y lo admirable; fuera de este lunar, Salvador reconocía con júbilo que la ciudad entera, aun en sus arrabales más espantosos y excéntricos, tenía carácter propio, tenía «alma»—el alma que él no sabía infundir á su cuadro. Temeroso de que la invasión incontenible é iconoclasta, la *judiada* ignara en achaques de arte, en la que lo mismo figuran hebreos legítimos que individuos de otras religiones, siguiera arrebatando ó destruyendo cuanto de venerable y de bello todavía posee México, y acabara de un bocado de ogro con lo que aún se halla en pie y resistiendo las embestidas tremendas del dinero, que todo lo destruye y corrompe; ya que sus hijos no queremos, por ignorantes los más, y por codiciosos los menos, ¡los de arriba!, apreciar lo que aprecio merece, Salvador apresurábase á preparar su obra, que, á pesar de sus sienes calenturientas de artista, latiale porque cuanto antes la produjera.

Y en sus correrías nocturnas, estas primeras correrías en que sólo el Ideal azuzábalo á modo de espuela redentora y blanda que en vez de lastimarlo y deprimirlo, lo acariciase y premiara, diríase que la ciudad, penetrada de la alta empresa, sin reservas se entregara—como una amante tísica que presiente su muerte cuando todavía su belleza es mucha é infinita su sed de vivir y de vivir amada—al adorador valiente y único que así peregrinaba loco por ella, por eternizarla en el color y en la luz; diríase que su cuerpo, aquí manchado por las pestes, y allá soberano, sedefío y duro; aquí con indelebles cicatrices de

F. GAMBOA

sus raptores y mutiladores ¡los de las tierras distantes!, y allá señalada por los violadores propios, ¡sus malos hijos!... diríase que ese cuerpo—á pesar de todo, bello, á pesar de todo, voluptuoso y tierno—se diera al pintor que lo estudiaba, que lo recorría y lo admiraba; lo admiraba largamente, apasionadamente, igual en las partes afeadas por los años y las calamidades abatidos encima de él cual bandada de pájaros carniceros, que en sus partes más encantadoras y púdicas, las que todas las hembras conservan, aunque guardadas y ocultas hasta para las inquisitivas inocencias de los nietecillos, que en su ansia de saber, nada hay que no quisieran mirar: los pudores y encantos que persisten al través del tiempo, y que las viejas más viejas llévanse consigo, á sus tumbas...

¡Qué revelaciones las que tenía Salvador noche á noche, ora se encaminasen al Poniente, ora al Norte de la ciudad muda, y sin embargo, despierta no obstante lo avanzado de las horas, escuchando cómo dormían sus pobladores, pensativa y plácida bajo los astros que la besaban en sus canas y en sus muertos hechizos!... Gustaba Salvador, de preferencia, de sentarse en las plazuelas solitarias, sin árboles ni fuentes, de las barriadas menesterosas—á las que no alcanzan las munificencias municipales—y allí, fuma que te fuma, estarse las horas, las horas que se desgranaban sonoramente de los relojes lejanos y pasaban por bajo la bóveda nebulosa ó diáfana, con resonancias agoreras y decrecientes, cabalgando en los aires camino de las fantásticas lontananzas del horizonte, tras los volcanes y tras los montes, donde expiraban luego de haber anunciado que el Tiempo se muere, de lenta muerte incontrastable.

Las casas enanas que bordean esas plazuelas y gritan la miseria de sus inquilinos—hacinados en los cuartos sin

RECONQUISTA

sol ni oxígeno, en las viviendas pobres,—hasta en la carcoma que roe sus fachadas enjalbegadas, produciánle á Salvador una inmensa piedad: eran las almácigas en que el amor brutal de los humildes sembraba la semilla de los pueblos futuros... del pueblo de la ciudad, que debía de engrandecerla si le encauzaran sus instintos cavernarios de herederos de las edades primitivas y pétreas; si lo enseñaran á leer; si le enseñaran lo que es la Moral, más con el ejemplo que con las mal aprendidas filosofías y educaciones extrañas, para otras razas, patentemente inadecuadas para ellos, nuestros pobres, descalzos y desnudos por fuera y por dentro, sin ideal ni rumbo, caminando desamparados, de la revuelta á los saqueos, del homicidio aplaudido y premiado de las guerras civiles, al taller rudimentario que nadie apoya cuando es nacional; del alcohol, al presidio; de su agricultura pastoril y balbuciente, al cuartel en que imperan la ociosidad y los azotes; del antiguo enlace canónico de las juventudes que se unen, al amor deshonesto y libre que se encuentra entre los charcos turbios del arroyo, ó debajo, en los albañales, donde paran las basuras de las ciudades, sus detritus é inmundicias, donde acaban de agusanarse y de envenenar con su hálito, los frutos que se pudren, las flores que se marchitan, las almas que se enferman...

Encolerizábase Salvador de que en todas sus meditaciones serias se le atravesara el vocablo de esa substancia problemática, que ya no vive sino en los labios de las beatas, de los chiquillos y de los ignorantes y cobardes. Y dejábalo que se marchase tan inopinadamente como veniale; anhelando, sólo en rarísima ocasión, que él fuera el engañado y el iluso, y que si existiese el alma de todos y de todo, el alma suya, imperecedera y eterna, subiendo á Dios en cuanto se separara de esta materia por la que nos

perecemos, á causa de que ella es lo único á nuestro alcance, dada nuestra condición de humanos é imperfectos.

—¡Bah! ¡bah!—decíase—¡que pierdo mi noche!...

Y tornaba á clavar su vista en la plazuela solitaria y en las casas enanas que la bordeaban; tornaba á imaginarse el vivir de sus inquilinos, descansando á tales horas en la miseria y en lo obscuro, sin pudores ni ropas; los cantores infantiles junto á los acoplamientos bestiales de los padres; las virginidades, en vela, frente al suspirar y debatirse de los compadres y parientes que comparten la pocilga, y, amparados por sus negruras, entréganse rabiosos al solo placer que por el momento no les resulta ni dispendioso ni difícil: el placer de la carne; figurábase las riñas y los golpes, los alientos aguardentosos, las palabras soeces, los sueños congestivos y los despertares dolorosos con las voluntades moribundas y las perversidades innatas, aullando, como lobas. Figurábase la holganza de los lunes; las idas al taller con forzada escala en la taberna, y las vueltas del trabajo, á los atardeceres gloriosos del cielo incomparable de nuestro valle: hosco el semblante, rendido el brazo que gana el mendrugo, tardo el andar, melancólico el espíritu por causas que se ignoran, al cruzar las arterias del lujo, encogidos y desconfiados, sin socialismos ni proyectos anárquicos todavía—por falta de prédica y nó de levadura latente,—pero ya con la convicción de que las cosas cambiarán, de que los de arriba deben, por humanidad y por instinto de conservación sobre todo, preocuparse más de los de abajo, subir salarios y multiplicar escuelas, tender las manos, piadosamente, á los analfabetas y desgraciados que por los arroyos ambulan con sus proles copiosas á cuestras, sin estrellas terminales ni compensaciones intermedias—fuera del alcohol y de la prostitución barata que nada más al crimen conducen... ¡Ah!, esas

vueltas del trabajo, mudas, los compañeros de cadena en grupos ó parejas, mientras los del dinero ruedan en sus trenes rumbo al bosque, y mientras de las campanas de los templos se echan á volar, suplicantes, los *Angelus* trágicos...

Como en el hogar—que por lo común no es hogar sino cubil—aguardan al jornalero y al artesano los hijos tuberculosos que sufren y gimen, las esposas ó las mancebas sucias que exigen los salarios y unas miajas de cariño en premio á su abnegación y á su trabajar de los minutos y de las horas, los artesanos y jornaleros recalán en los figones con licencia concejil, de los que al cabo salen embrutecidos y medio envenenados, tarde ya, los unos en camilla, hacia los hospitales de sangre y los anfiteatros de las autopsias; los otros, al petate, tambaleantes, arrastrados por las mujeres que sollozan y los granujas que observan y aprenden, á dormir sueños comatosos, á seguir soñando las pesadillas de sus vidas...

¿Por qué la ciudad se lo callaba todo? ¿por qué no había desaparecido sepultando entre sus escombros á los buenos y á los malos, en uno de tantos terremotos vengativos que por encubridora y benigna habíala sacudido con iracundia extraterrena? Los volcanes que la guardan, ¿acabarían con ella algún día? El cataclismo purificador y de castigo ¿la arrancaría de cuajo para que en su lugar se edificase la ciudad que la humanidad necesita y que las generaciones aguardan, la Ciudad de Paz, de Amor y de Justicia?... ¿O callaba y continuaba erecta porque sabía que, sin llegar á ser la Sión prometida, con poco que se procurara, si podía ser una ciudad relativamente perfecta y totalmente habitable?...

Salvador, meditabundo, saturábase de ella, de estos barrios de los pobres que tanto lo interesaban y atraían.

Vez hubo en que el gendarme del punto, intrigado ante

F. GAMBOA

ese individuo que fumaba y fumaba en la desierta y mal afamada plazuela, sin curarse de las horas que galopaban ó del frío que arreciaba, linterna en mano se le acercara á deslindar situaciones y á esclarecer sospechas:

—¿Qué hay, amigo, qué anda haciendo?...

—Ya lo ve, vecino—replicó Salvador riendo para sus adentros de la ocurrencia y empleando adrede los giros populares,—ya lo ve, aquí no más.

Con lo que el guardián, ya escamado por el buen pergeño de quien suponía un vagabundo ó algo peor, no aclaraba sus dudas, y variando de tono, dejó apuntar su autoridad:

—¿No tiene casa?... ¿En dónde vive?

Y al escuchar la lejanía del domicilio de Salvador, las sospechas crecieron; fué indispensable revelar profesión y propósitos:

—... pues no es natural que una persona decente se aleje tanto de su casa y se aventure por los arrabales. ¿Qué hace usted aquí?

—Aprender á vivir solo, vecino, que es una de las empresas que más cuestan.

A su vivienda regresaba casi siempre con dos hondas tristezas: era la una, el temor de que nunca pudiera pintar su cuadro conforme tenía concebido; y era la otra, la convicción que más y más arraigábase de que el pueblo nunca subiría de nivel, de que permanecería, por culpa de muchos y de mucho, encrespado en los bajofondos del cielo en que ahora ahogábase. Y durante sus regresos esbozaba, mezclándolos, proyectos para que el cuadro tuviera forma y el pueblo redención; el pueblo, con el que simpatizaba no obstante sus repugnancias de esteta hacia lo feo y lo sucio, y sus tendencias aristocráticas que los artistas de verdad contraen con el refinamiento de su gusto.

RECONQUISTA

Las moles de las fábricas que costaba, parábanlo de golpe sobre la acera, frente á ellas, y les inventaba quién sabe cuántos pecados y desafueros. En las sombras de la noche, en efecto, resultaban las tales amenazantes y medrosas dentro de su simetría monótona y recia de fortalezas ó presidios; cerradas sus ventanas de reja y la ancha puerta ferrada; cobijadas en silencios tumbales; las astabanderas, enhiestas y sin oropéndolas ni estandartes; las chimeneas, sin humo, apuntando osadamente á los cielos, como telescopios estériles y salvajes que nada acercaran. Y de pensar en las vidas que devoran, calladamente; en las juventudes que agostan y estrujan; en las promiscuidades que para su funcionamiento reclaman; en los salarios que pagan y la labor humana que exigen, sin parar, sin parar, al igual de la que rinden sus bielas, volantes, émbolos y bandas insensibles á la fatiga, al dolor y á la hambre, Salvador mirábalas de reojo, con positiva inquina, dolido de que las edades modernas sean tan crueles para dar de comer á los desheredados. Sus atavismos de agricultor, sus nostalgias campesinas le aconsejaban la huida de los pueblos grandes, la vuelta á los campos sin límites, al arado y al surco, á las llanuras sembradas, á los riscos y á los cerros, entre los árboles, bajo los soles estivales que resucitan y hacen crecer á los hombres y las mieses; la vuelta al aire libre de las soledades augustas...

Inopinadamente, parado ahí, en la acera, frente á las fábricas, pensaba en sus dos hijas que dormían, allá, en la casita edificada con las economías de Emilia; y por ser ellas lo que él ahora más quería en el mundo, comparábalas, sanas, alimentadas y felices, con la legión de niños desvalidos y desarrapados que pululan en los alrededores de las fábricas—donde moran los padres esclavos—como gusanos indefensos que la tisis y la policía y los transeuntes

pisotean ó barren hacia las afueras, lejos, donde no inspi-
ren ascos, ni manchen, ni contagien... ¿Cómo pintar todo
esto? ¿En qué tienda venden la paleta y los pinceles que
realicen milagro tamaño?... »

Continuaba Salvador su interrumpido regreso, y no sólo
maldecía de que no fuese él el pintor capaz de perpetuar
en el lienzo las pulsaciones, congostas y risas de una ciudad
¡su fisonomía moral!, sino maldeciendo más todavía de la
incuria nacional, del universal encojimiento de hombros
de las clases acomodadas y las clases *dirigentes*, que no se
preocupaban mayor ni menormente en buscar un remedio
con que aliviar por lo pronto y sanar más adelante á nues-
tro pueblo enfermo, al que ellas son las primeras en haber
desahuciado sin piedad, menos por impotencia que por
egoísmo. ¡Menudo cisco el que le armarían al que de após-
tol se las diese en esta materia!... Salvador sabía, lo vela
y lo oía á diario en todos los círculos, entre todos los sexos,
en todas las condiciones y todas las gentes. Para unos,
hablar del trascendental y urgentísimo asunto, era sim-
ple y puramente anticonado ó cursi; lo recibían con ri-
sas, con frases de comparativo desprecio: «¡Hombre, no nos
dé Ud. la lata con sus agorernas trasnochadas, so sociolo-
go!... » Para otros, la sola enunciación del mal, á oposi-
ción al Gobierno, equivalía ¡un crimen imperdonable de
lesa majestad!, á mal digeridos enconos porque en el re-
parto de empleos y mercedes el censor habíase quedado sin
hueso que roer: «Que me lo nombren aunque sea escri-
biente, y ya verá Ud. cómo al reciblo de los primeros
sueldos no ve tan negra la cosa ¡es un despechado!... »
Los ricos, asombrábanse, entrevarían una contribución, una
sangría á los caudales heredados de siglos atrás, ó impro-
visados ¡Dios sabe cómo! en horas de ayer, y se encabría-
ban, negaban el hecho: «Eso no es posible, ó lo han enga-

RECONQUISTA

ñado á Ud., ó Ud. exagera... Si viese Ud. mis libros se
sorprendería de las limosnas que reparto á los que real-
mente de ellas han menester... » Las señoras, de oír los
horripilantes relatos, tapábanse las narices y lanzaban
pequeños gritos nerviosos, negando también: «Los pobres
hallábanse bajo su égida y amparo, sin carecer de nada, en
el asilo H y la casa X, que ellas, con sus Cofradías y Aso-
ciaciones de damas benéficas, venían sosteniendo... » Los
políticos y personajes de suposición, si de verdad llegaban
á interesarse por el tal negocio que «en lo mínimo entorpe-
cía la segura marcha de la administración», á lo sumo si
prometían pedir informe á las secciones de sus ministe-
rios, aquéllos, y éstos, interesarse cuando fuera oportuno y
con quienes debía de intentarse la cosa, en pro de la reforma
requerida. Los sabios oficiales, y aun los sueltos, á la bro-
ma echaban el problema, saltaban con respuestas frívolas
ó con teorías hechas mal y aprendizadas peor, que diz que
aconsejaban una pacífica conformidad con todos los aniqui-
laminentos: «Venga Ud. acá, amigo mío, y por sí mismo
respóndame: siendo cual somos el desecho de dos razas que
hasta en sus principios poco valieron á causa de su infe-
rioridad manifiesta ¿qué quiere Ud. que le hagamos? »
Gracias que medianamente vayamos pasándola, en tanto
razas superiores nos destruyen ó vienen á ocupar el puesto
que estamos usurpándoles con detrimento del progreso
humano... Nada haremos nunca, por débiles, porque la
Vida (*con mayúscula, aun en la entonación*)—ya no es esto
un secreto para nadie,—la vida pertenece á los fuertes.
Deje Ud. que nos acabemos, y en cuanto á extirpación de
vicios ingéñitos y mejoramiento de nuestra masa ¡peor es
menallo! ¿Qué va á entender nuestra gente, ni menos á
practicar, cuando en sí reúne y amalgama los vicios y de-
fectos indios, con los defectos y vicios hispanos? ¿Econo-

F. GAMBOA

mía, sobriedad, moral, cerebro y músculos?... ¡Música celestial y prédica en el desierto!... ¡¡Créame Ud. á mí que tengo estudiado el punto!!»

Salvador temblaba de ira con el recuerdo de éstos ó parecidos discursos, con palpar tanta maldad ó ignorancia tanta, con ver lo que á ello se sucedía: la marcha apresurada y doliente hacia un suicidio nacional.

Al destemplado són de los bombos de una prensa que en su mayoría tan lejos se hallaba del decoro como de la independencia; al destemplado són de los discursos de congresos escolares, políticos y de ciencias; al de sanedrines ignaros y presuntuosos; al ocioso discutir á gritos en cervecerías y cantinas en que los intelectuales se asociaban, él, Salvador, inclusive, por falta de otro lugar y por falta de otra educación, y en las que se arreglaban México y el universo-mundo; al tintinear de las copas en los banquetes de obligados brindis y ditirambos, que pronunciaban impúdicamente los ahitos, los *arribistas* y los protegidos, únicamente escuchábanse estrofas y cantos al progreso del país; «á este país, según todos ellos, idéntico á las naves fabulosas que, alta la prora y al viento desplegados sus poderosos velámenes de energías inmaculadas, surcan los mares de los siglos sin una avería en su casco ni una nube en los cielos; bienvenidas en los puertos en que por ley universal tienen que hacer momentáneas escalas para descansar y aprender más de lo que saben, en tanto perdura su incontrastable travesía rumbo á la región inaccesible é ideal que columbraron ya los gavieros expertos, y á la que habrán de arribar cual á definitivo y bien ganado anclaje, gracias á las manos que las guían y conducen, no sin dejar tras sí—para admiración y ejemplo de los pueblos que las contemplan envidiosos desde los bordos titubeantes de sus barcas desmanteladas—una

RECONQUISTA

ancha estela de luz que los soles transmutan en argentada y espumosa promesa de ventura, para los que las imiten, y que las lunas y los astros truecan en bullente reguero de gemas, en aureas fosforencias que no tienen fin... oh naves fabulosas que salvan, si las siguen en sus derroteros, á las embarcaciones que zozobran y á las razas que sucumben...»

Toda esta palabrería, Salvador sabíase de coro, lo mismo que los muchachos saben, sin una falta, las lecciones que á diario escuchan, y recitan en voz bien alta, dentro de sus escuelas. De ahí precisamente naciale la ira de que el progreso realizado se abultara tan fuera de medida, y más principalmente, de que á la sombra de ese progreso innegable en algunas cosas ¡pero no en todas, Señor, no en todas!, se descuidara la condición del pueblo, que es la verdadera alma nacional...

Carraspeaba Salvador al llegar á lo de «alma», como si la palabra y su corriente significado se le atragantasen...

¿Por qué nadie afrontaba el problema? ¿por qué los que debieran hacerlo por sagrada obligación de oficio ó empleo, nada intentaban sin embargo? ¿por qué los oradores sólo entonaban alabanzas y *Kiries* á los de arriba? ¿por qué las buenas voluntades no se coligaban contra los defectos? ¿por qué las plumas empleábanse únicamente en incenazar á poderosos y gobiernos? ¿por qué mentir? ¿por qué ocultar nuestra lepra, si todos ¡absolutamente todos! conocían el mal y conocían las crónicas dolencias con remedio todavía?... Nada más el eco de sus propias pisadas contestaba á Salvador durante estos regresos de los barrios miserables donde la enfermedad mejor se descubría, y él desesperaba de que nunca se le aplicase cura y afirmábase en que su proyectado cuadro no era viable, ni caso que lo fuera, serviría á tal propósito. La pintura, la escultura y

la música no se prestan á servir de elixires. Lo que alivia y sana, igual los padecimientos de los individuos que los padecimientos de los pueblos, igual los de los cuerpos que los de los espíritus es ¡el libro!, el libro que es alado y poco cuesta; que penetra en las inteligencias, si no hoy, mañana, más tarde, alguna vez; que naciendo de mano hábil puede contener la línea, el color, la armonía; que es más fuerte que todas las armas, que todos los gobiernos, que todas las persecuciones y que todas las hogueras; que escapa á las censuras y á los cataclismos; que sobrevive á las generaciones que lo vieron nacer; que se ríe del espacio, de la distancia y del tiempo; ¡que encierra la Ideal! ¡Oh, libro santo, bendecido, invencible!

Y muy en serio pensaba Salvador trocar por la pluma sus pinceles, pareciéndose en esto á la mayoría de los músicos, pintores ó escultores que llegados ó no al renombre, danse á escribir siquiera sean *recuerdos*, *memorias*—cuando no algo de más enjundia,—atraídos y deslumbrados por la pluma que canta y llora, esculpe y pinta en las páginas impresas de los libros inmortales.

En tanto, tornaba á su casa, recogida y muda; saludaba al gendarme, su conocido; volvía el rostro rumbo á la estación, al resoplar de las locomotoras encendidas é infatigables, y á un rodar que otro de furgones que enganchaban para los convoyes del día siguiente. Con esmero grandísimo, á fin de no despertar á nadie, abría su zaguán y de puntillas entrábase hasta su cama, en la que pronto se dormía por el cansancio de las caminatas y por lo avanzado de la hora, arrullado con las tenues y tranquilas respiraciones de sus hijas.

Evangelina y Magdalena, que á los principios no se resignaban con que Salvador dejáralas solas en su cena, á

las volandas despachada, hablándose poco y riendo menos, para huir de esos dos asientos vacíos, el de Emilia y el de Salvador, que las fascinaban y sumían en reconcentradas tristezas de personas mayores, fueron habituándose á esa soledad y extrayendo, para combatirla, de sus interiores de mujeres próximas, las defensas con que cada cual contaba conforme á su temperamento propio.

A mística tiraba Magdalena, decididamente. En cuanto aprendió á leer, que fué bien pronto—había salido mucho más inteligente que su hermana menor,—dióse á la compra de novenas y triduos que compungidamente barbotaba de rodillas junto á su cama colgada de medallas, rosarios é imágenes. La criada, la vieja Refugio, fomentaba y aplaudía tales inclinaciones, en las que volvía á ver, resucitada, á su ama muerta; por lo que al servirles la cena á las dos, separadas por el ancho de la mesa, todas sus preferencias reservábalas para esa niña que, le confiaba á la cocinera en su ir y venir por platos y guisos, pararía en santa. Luego de concluido el servicio, mientras reposaban las chiquillas, inaugurábanse unas sesiones sobre religión trascendente, sobre culto, sobre el más allá, en las que se discutían tópicos tamaños, por Magdalena en primer lugar, por Refugio, que á las veces se sentaba á la cabecera de la mesa, donde Emilia se sentó tantos años, y por la cocinera, siempre parapetada entre el aparador y un rincón. En ocasiones contadas ¡rarísimas!, terciaba Evangelina, cuando el relato, por lo espeluznante é inverosímil, heriale demasiado la imaginación; toda trémula, iba aproximase y aproximase hasta el regazo de Refugio, en el que, asustada, se acurrucaba, durmiéndose á lo mejor con macizo sueño indiferente.

Porque Evangelina en nada asemejábase á Magdalena; Evangelina era criatura á las derechas, sin preocuparse de

F. GAMBOA

santos ni rezos, los que concretaba á lo normal en sus años: el santo Angel de su guarda—á quien suponía un granuja travieso y rubio, con alas,—y al «Dios mío, conserva á mi papá bueno y sano, y á mí también...» que noche á noche venía murmurando de años atrás, aprisionada en el camisón y enclavijadas sus manecitas, ya medio dormida. De ahí en fuera, gustaba de correr y saltar; de averiguar el puñado de cosas que no entendía, mal grado sus esfuerzos y fijeza; de perseguir moscas y mutilarlas; de jugar á «la comidita» y á «la mamá», á la mamá principalmente, mamá de fenómenos y de contrahechos vástagos: muñecas decapitadas, sin ojos, mancas y cojas, ó almohadas vestidas, trapos anudados, de mil colores, á los que trataba con mucho mimo y ternura, y á los que desnudaba y vestía una barbaridad de veces. Siempre tenía enfermos á tres ó cuatro, que le causaban fingidas pesadumbres.

Cuando Salvador discurrió este andante peregrinar nocturno por la ciudad y sus extremos, desquitábase de su ausencia de las cenas familiares conversando con las niñas desde que despertaban y á las horas del desayuno en que el comedorcito, que miraba al Oriente, llenábase del sol que le penetraba en amplia faja oblicua é iba á hacerse añicos en la loza y el cristal, en el barniz de los muebles, en la lámpara de pesas pendiente del techo. Una hora alegrísima; los pájaros, desgañitándose en sus jaulas; la criada, regando las macetas del corredor y los arriates del diminuto jardinillo del patio que despedían exquisito perfume de tierra mojada. Afuera, en la calle, gritos de vendedores, rumor de carros y bestias; en la cercana estación, su tremendo ruido complejo; en los templos próximos, las esquilas llamando á misa, tercamente, y en la mesa de la casa, el montículo de bizcochos al centro, en cada sitio

RECONQUISTA

los chocolates bien olientes, humeando la esponjada espuma; las servilletas enrolladas, dentro de sus anillos respectivos, y los vasos colmados de un agua tan cristalina y fresca que á no ser por el disco interior que marcaba el nivel del líquido, creeríaseles vacíos. Mutua y estrecha cuenta se pedían Salvador y sus hijas de lo que habían dicho, hecho y pensado la víspera, durante la separación. Contábales Salvador, punto por punto y acomodando su discurso á las entendederas de las niñas—que con más gusto que el chocolate bebían las palabras paternas,—sus vagares de la noche, lanzándose de vez en cuando á regiones elevadísimas, á causa del entusiasmo que le despertaba su gran cuadro por nacer, cuyo significado ni Magdalena ni Evangelina alcanzaban á vislumbrar, no obstante que, graves, con sus cinco sentidos, seguían el vuelo de frases y esperanzas. Concluía Salvador por levantarse del asiento y acariciarlas, y se llegaba á la puerta, hablando siempre, y sus esperanzas y sus frases, al salir del estrecho comedorcito, como que volaban más á sus anchas, sin tropezar con el techo, con los muros, con los muebles; sin tropezar con la infantil ininteligencia de las dos mujercitas que tornaban á sus desayunos, muy serias, cual todos los niños se ponen cuando no entienden y desean simular lo contrario... ¿qué sería eso de la leyenda de la piedra y del alma nacional, con las que su papá tanto se excitaba?...

Salvador sofrenaba el potro, sin transición, y terminaba contándoles hasta dónde había ido; en qué parque oyó la media noche; en qué plazuela se fumó dos cigarrillos, uno tras otro; en qué calle observó un interesantísimo detalle nuevo, y en qué mal encarado callejón había descubierto un pormenor viejo, más interesante todavía...

—Y Uds. ¿qué se hicieron, á ver? ¿á qué hora se

F. GAMBOA

acostaron y á qué hora se durmieron? ¿me extrañaron mucho?...

A dúo le puntualizaban ellas las naderías con que habían matado el breve plazo mediado entre el final de su cena de huérfanas y los comienzos de su sueño de ángeles.

El hábito de estas separaciones durante la noche, igual á lo que no se ataja ni combate, fué aumenta y aumenta como las aguas que libres corren por los bajíos con ignorada fuente y rumbo ignorado, cuyo surco es más hondo á cada día y su correr más violento. Fueron más tempranas las salidas de la casa—so pretexto de aprovechar la instantaneidad de nuestros tramontos y crepúsculos,—fueron los regresos mucho más tardíos, por el fatal renacimiento de la antigua costumbre de trasnochar, que, sin duda Emilia no supo ó no pudo desarraigar del todo, por lo que ahora, los gérmenes entumecidos volvían vigorosísimos á adherirse á la viudez del artista. Surgió un casual encuentro con amigo noctívago, al doblar una esquina, y el cogerse del brazo, y el andar juntos unas cuantas calles, hablando de arte y del cuadro:

—Acompáñame un momento, anda, que tú al fin te acuestas tarde, y verás un México que ni conoces ni sospechas.

Y el asunto del cuadro, en secreto hasta aquella fecha, empezó á evaporarse y discutirse por los del oficio, y por los literatos, escultores y músicos que no disponiendo de más adecuado sitio, renníanse en las tabernas céntricas, á las que Salvador hubo de tornar sin repugnancias, muy convencido de que no mediaba ningún peligro, antes un esparcimiento para su ánimo—que bien lo requería—y una libertad inofensiva para su cuerpo y sus genialidades, que también haciale falta grandísima.

RECONQUISTA

Con cena á escote y cerveza alemana jugada á los dados, celebróse la vuelta del entristecido compañero á la teutona cervecería en que el mayor grupo de los intelectuales militantes tenía sentados sus reales de meses atrás; su vuelta á la sala tercera—la anterior á los billares,—con su canapé de cuero, semicircular, y su mesa cuadrada y fija, á la que podían añadirse otras dos las veces en que el grupo se multiplicaba. El principal tema de la charla ruidosa fué, naturalmente, el asunto del cuadro de Salvador, dividiéndose desde luego los contertulios en dos partidos principales, sin contar con los «independientes» por convicción ó que por afán de singularizarse opinaban de modo diverso á todos los demás. Un bando, se declaró enemigo del asunto, imposible la factura, por dificultades técnicas, mientras el otro, el grupo contrario, extasiábase ante la idea, prestábale un extraordinario alcance: la obra sería no únicamente simbolista—que ya lo era, en demasía,—sino asimismo de redención y aun propaganda, conforme el grabado y la fototipia la popularizaran. Empeñada la justa, saltó un orador: «¿A qué discutir por un proyecto que en proyecto podía quedarse para siempre, como tantas estatuas y óperas, tantos libros y cuadros ¡los mejores quizá! que nunca llegaron á nacer, que murieron con los cerebros de sus autores, escapando, si acaso, á la exterminadora tarea de la muerte, con su transmutación en flores de cementerio, las que, á la vez, doblan sus tallos, despréndense sus pétalos y expiran encima de los sepulcros y de las lápidas, aunque su perfume ascienda y se dilate ¡inmortal!... como si los cráneos que las engendraron, antes de reducirse á polvo, así incensaran el Ideal y la Belleza después de librada la postrimer batalla de la campaña que han venido librando desde que al arte se consagraron: sobre la tierra, con las muchedumbres de

F. GAMBOA

vermes ignorantes y ciegos; debajo de la tierra, con los gusanos de las tumbas, ciegos é ignorantes?...»

Se aplaudió al orador y se llamó al camarero:

—¡Cervezas «grandes», para todos!

Las horas corrían tan de prisa como las espumas de la cerveza vertida que se apagaban y convertían en hilos blondos, sobre los mármoles de las mesas.

Salvador se sentía bien ahí, en su viejo rincón de expansiones, rodeado de los «suyos», á los que gozoso volvía. Y habló, habló lentamente mirando á los unos y á los otros.

Ya sabía él que la sinceridad y la rectitud no eran lo que más abundaba entre ellos; que esas amistades, en su mayoría, habíanse roto muchas ocasiones y otras tantas habían vuelto á pegar sus esparcidos pedazos, con objeto de que la deleznable y delicadísima copa—cual las fabricadas con el quebradizo y tenue cristal de Bohemia,—la copa en que juntos hemos apurado los juveniles ensueños, las victorias mutiladas de los años adultos, las heces de los desengaños recíprocos, de las mentiras piadosas y de las verdades implacables, esa copa nos sirva todavía para festejar las reconciliaciones temporales y los acercamientos fugaces; aunque sepamos que está pegada y rota, aunque sepamos que ha de romperse de nuevo y ha de derramar por los suelos el preciadísimo líquido indispensable para que continuemos viviendo; pues las amistades, al igual de los amores, no pueden ¡por culpa nuestra! vivir lo que anhelamos que vivieran, lo que siquiera vivimos los hombres—los eternos niños crueles,—que homicidamente les abrimos las entrañas para asomarnos á ver cómo latían por nosotros las amistades sinceras y los corazones enamorados... ¡Ah! las uniones eternas, las amistades inacabables, los amores infinitos ¿dónde se encuentran?... La existencia no es sino una serie de renunciamientos, ausen-

RECONQUISTA

cias, lejanías; nosotros rompemos lo que no rompe el tiempo... ¡Todo se nos va, todos nos vamos!... ¡nuestros padres y nuestros hijos, la esposa y la querida, el anhelo y la esperanza, las juventudes y las vidas!... La existencia es el éxodo perenne, es el adiós continuo.

Y se pidió más cerveza, y se aplaudió á Salvador porque había dicho aquel puñado de verdades tristes.

Exaltados los ánimos y desbocadas las imaginaciones, pusieron de acuerdo ¡casi á la una de la mañana! para concertar el programa de la noche.

—¿Adónde vamos?...

¿Adónde habían de ir?... adonde paran casi todos los soñadores y todos los que se cansan, por algunos instantes, de mirar hacia arriba; adonde caen los navegantes de los aires, los nautas de las alturas: en los lodos y fangos; iban adonde las mujeres que no pudieron ser buenas, se pierden y envilecen seguras de que el macho ha de ir en su busca empujado por los alcoholes y las lascivias, atraído por los sudores almizclados de estas desdichadas lupas humanas que por las noches aullan en las apartadas casas que se arden en los barrios galantes de los grandes pudrideros sociales. ¡Allá iban!

Salvador, desde un principio, rehusó á acompañarlos; sus hijas lo aguardaban, y si despertaban y no lo veían á aquellas horas, alarmadas, no dormirían en espera medrosa é intranquila del padre libertino. Por otra parte—esto no se lo confesó Salvador á ellos,—la pobre Emilia, desde allá, desde el camposanto, le estorbaba el andar, mirábalo cual si viviera aún y tratase de evitarle un paso en falso, sin iracundia ni celos, dulcemente, con súplica muda y tiernísima...

—¡Lo que es yo, no voy!—declaró el pintor, plantándose en la esquina.

Y con energías extrañas, pero resueltamente, aguantó burlas, replicó á argumentos, repelió los brazos que por la cintura se le enroscaban y á tirones forzábanlo á caminar algunos pasos. Finalmente detuvo una «calandria» desvencijada, cuyo automedonte ofrecíasele tendido el látigo, sin interrumpir el tardo ambular de los pencos:

—Aquí estaba yo, jefecito...

¡Con qué íntimo orgullo Salvador llegó á su casa y se metió en la cama, luego de asomarse á las de Evangelina y Magdalena, á quienes hacía una doble ofrenda, con su amante mirarlas, de aquella victoria, gracias á ellas alcanzada sobre la tentación y su temperamento! ¡Nó, no debía ir á tales sitios, ni por completo y tan pronto desentenderse del nido semidesierto, no debía!... Y aunque conforme al hábito inveterado se puso á leer, vuelto ya al sentido de lo real después de la sacudida, vuelto á sus ideas y proyectos, á su cuadro por nacer—cuya gestación progresa, iba creía haber truncado con el ocioso discutir de esa noche en que no aportó por callejas ni plazas,—tuvo que cerrar el libro antes de que el sueño se lo pidiera, porque no entendía la lectura. Entre renglón y renglón, página tras página, cual si á fuego hubiéransele grabado en la retina, sólo atinaba á deletrear los imborrables caracteres del pensamiento que durante la refriega lanzara Obaldía—el novelador psicólogo,—afirmandoles que en autor francés tenía leído; un pensamiento de piedra, que por lo representativo, apuraba el discutido tópico de simbolizar en obra de arte, plásticamente, al esclavo, á los de abajo, al pueblo:

—Cualquiera puede contemplarlo—había dicho Obaldía—en el Museo del Louvre; está hablando en los bajo-relieves de Nínive: centenares de bestias humanas que arrastran, al compás del azote, los monstruosos bloques de

granito, los alados toros gigantes. Y les juro á ustedes que la cosa no ha variado de entonces acá, que el esclavo no ha muerto, antes «ha crecido y se ha multiplicado»... ¿Testigos? Nuestro pueblo y otros muchísimos pueblos, cercanos ó remotos, cuyos ayes oímos y nos aterroran, ó que no escucharemos ni sabremos nunca, por la distancia. Pon eso en tu cuadro (*por Salvador*) á guisa de marco que aprisione y circunde esta vieja ciudad pecadora que tanto queremos, y das en el clavo; de otro modo, nos regalarás con un «bufuelo» que te costará la mar de trabajo y que te producirá la mar de disgustos.

Salvador, durmiéndose, veía el bajo-relieve centenario, infamando para siempre á los que no aman al pueblo; veía al pueblo, azotado y jadeante desde entonces, jamás subir á la cima, jamás concluir la calle inconmensurable del Dolor y de la Miseria; veía sudar del rostro, sangrar del cuerpo—atlético en los comienzos, raquítico y degenerado hoy!—oía la fatiga inmensa de los tóraces, robustos y vellosos; las maldiciones de las bocas, contraídas y secas; adivinaba el odio, acumulándose y transmitiéndose de padres á hijos por milenios, por siglos, por minutos; adivinaba la abrasadora sed de justicia de los millones y millones de esclavos blancos, de esclavos negros, de esclavos de todos los colores... Y se quedó dormido, y soñó que al fin pintaba su cuadro...

Lo que á los pocos días pintó—de seguir frecuentando el cenáculo de la cervecería—fué su propio descenso espiritual. Decididamente no podía con su vindez; con el ancho lecho conyugal helado y vacío, en el que sólo un recuerdo besaba y abrazaba, la carne inasible y desaparecida de la compañera que hubiese acabado por regenerarlo. En tales y cuales momentos, su casa expulsábalo, lo echaba á la calle—como esas madres de crecida prole y

F. GAMBOA

ningunos recursos que lanzan á sus hijos á mitad del arroyo, á pesar de los riesgos innúmeros de éste, para poder atender ellas á sus faenas y trajines domésticos que las abruman en todos los instantes. Y así como el arroyo, generalmente devuelve granujas y chiquillas viciosas, ó muchachos lastimados, heridos, medio muertos por accidentes, malos ejemplos y peores compañías, así Salvador, que primero salió á ver cómo entre sí continuaban jugando sus antiguos compañeros, en cuanto se apartó del umbral y se mezcló con ellos, tornó á gustar el placer acre de ensuciarse con las inmundicias y con el barro. Agregue usted su temperamento, su salud campesina, su adultez y la falta corporal de Emilia—pudriéndose en su fosa,—y se podrá imaginar por qué, en un periquete, se fué el artista peñas abajo en buen amor y compañía con los del cenáculo, y entre las redes de ésta y de aquella mujerzuela que por oficio fingíanle quererles, pero sobre las que él se abatía hambriento de carne palpitante y viva que de la dieta de su viudedad lo resarciase.

La primer mañana que á su casa regresó cuando ya las niñas aprestábanse al desayuno, experimentó remordimiento mayor del que solía, en idénticas circunstancias, al tropezar con Emilia, que lo saludaba igual que de ordinario, sin quejarse de su inquietud ni del trasnoche, aunque por dentro ¡Dios sabe lo que sentiría! Pero con las niñas, que chorreando agua arrancáronse del lavabo por darle los buenos días y que á una preguntáronle por qué llegaba á esas horas y en dónde había dormido, se reconoció mucho más culpable; balbuciente y torpe inventó excusas, amigos enfermos, y para sus adentros propúsose no recomenzar, aquietar calladamente y muy de tarde en tarde los apetitos exigentes de su naturaleza, y no romper ¡él mismo! los pudores de sus hijas que venían creciendo y

RECONQUISTA

abriendo sus ojazos curiosos á todas las cosas nuevas que las sorprendían.

Mas la enmienda duró poco, unas dos ó tres noches en que resurgieron las cenas familiares, bajo la lámpara, del techo suspendida y alumbrándolos amorosamente; al suave calor del comerdocito, con sus vidrieras cerradas por los fríos del invierno que se aproximaba á modo de nabab levantino: arrojando por delante de sus pasos, á puñados incontables, brillantes, rubíes, un reguero de astros que alfombraban su sideral camino en las meditaundas noches estrelladas.

También duró poco la enmienda de Salvador, porque pronto halló excusas y atenuantes para su comportamiento. A nadie ofendía con echar al aire una cana ó veinte. ¿No era viudo? ¿Acaso tenía hecho voto de castidad? ¿De nuevo había de casarse, llevando madrastra á sus hijas, sólo por satisfacer él los espolazos de sus apetitos?... La muerte, que le arrancara á Emilia y á él mancárale con el fúnebre raptó más de la mitad de sí propio, irremediable era, desgraciadamente irremediable, pero no inferíase de ella que el viudo se sujetara á anormales continencias por guardar una fidelidad que no observó ni recién casado, ni aun después... Luego ¿fidelidad á quién? ¿á un recuerdo?... Pues se la guardaba, y de sobra, con tanto pensar en Emilia, con tanto asociarla, mentalmente, á proyectos, planes y días futuros. Lo que es en su pensamiento, la unión de ambos no se había deshecho ni llevaba trazas de deshacerse ¡al contrario!, la ausencia eterna y la infinita distancia habían operado el prodigio de acercarle á la esposa muerta, más de lo que el matrimonio civil y el matrimonio canónico se la acercaron viva... En consecuencia, ninguno podía reprocharle nada, y menos deteniéndose á considerar que la muerte es el punto final, el abismo que

para siempre distancia lo que unido vivió en comunión íntima de amor é ideas. Que no le salieran á él con que si el alma, y el más allá, y la resurrección de la carne el Día Ultimo, pues, por dicha, esas y otras músicas obligábanlo á alzarse de hombros, compasivamente, por los que en ellas creían...

¿Sus hijas?... A sus hijas tampoco faltábales, ni en lo negro de una uña; con cubrir apariencias y no rasgar pudores—¡que no los rasgaría jamás!—quedaba el problema resuelto.

Aunque algo muy débil y recóndito trataba de oponerse, de censurar la resolución peregrina, Salvador hizo como que no lo advertía, y volvió á su vivir de antaño, el que todos sus compañeros vivían contentísimos, por lo que con aplauso y aprobación lo recibieron nuevamente en su seno.

Y como en lugar de seguir buscando para su cuadro el alma de la ciudad de reyes y emperadores, de historias y leyendas, detúvose en los lunares de su cuerpo rugoso de años, crímenes y vicios, el alma de la ciudad empezó á huirle, entristecida de que nadie ¡ni los artistas!, la comprendan é inmortalicen...

Y el cuadro abandonado, el cuadro de redención y de símbolo, simulaba dentro del estudio silencioso y obscuro, con su tela blanca, un pobre ciego que, acongojado, pugnara por ver la luz.

IV

—No, si no es que se me haya acabado el cariño, al contrario... es que sin que me pidas á mi padre, yo no quiero que sigan nuestras relaciones...

—Pues hazte cuenta que ya estoy hablándole, no digo al señor tu papá, al mismísimo Santo Padre... Sólo repíteme, pero bajo juramento, que nunca has tenido novio...

—¡Nunca!

—¿A pesar de tu cara y tus hechuras?...

—A pesar de ellas...

—¡A jurar tocan! ¡Júramelo!

—¿Que qué?... ¿Jurar por eso?... ¡Dios me favorezca!— Y entre enseriada y risueña, la interlocutora de Salvador Arteaga, la chica guapísima con quien había tropezado en el tranvía la mañana de su cátedra inaugural en la Academia—hacia unos ocho meses,—separóse de él, á la esquina de su casa, que era hasta donde consentiale que la acompañara.

—¿Nos veremos mañana, Carolina?—le preguntó Salvador sin soltarle la mano, que la otra trataba de retirar de ese principio de caricia.

—¿Y cómo no hemos de vernos si tú me sales al paso en cuanto yo salgo de la fotografía?—le repuso Carolina libertando al fin su mano prisionera. Pero no esperes que sigamos así, Salvador, ni que permita más que te vengas conmigo ¡eso no!... Si es cierto que tanto me quieres—que yo no lo creo ¡conste!—no me busques, ni